

Un ser extravagante: Reinaldo Arenas

Antonio José Ponte

EL RETRATO LITERARIO SUELE ABARCAR AL AUTOR Y SU OBRA, Y EN AMBOS ASPECTOS, REINALDO ARENAS ES ESCURRIDIZO. EL POETA Y ENSAYISTA CUBANO ANTONIO JOSÉ PONTE NOS PROPONE ESTE PERFIL DEL AUTOR DE *ANTES QUE ANOCHEZCA*.

1

Llovía en la tarjeta postal, y me pareció extraño que quisieran vender una imagen de lluvia a los turistas. Era la más rara entre todas las postales. En ella no refulgía el mar, no se mostraban palmares ni montañas ni automóviles antiguos. La lluvia era su único motivo, y una bicicleta encadenada a un poste de la electricidad.

Aquella lluvia caía tan libremente como ante los asesinos en la noche sangrienta de *Macbeth* («Let it come down», dice uno de ellos).

La bicicleta encadenada soportaba el chaparrón.

¿Y su dueño, qué se hizo?

Por ninguna de estas novelorías compré yo la postal, sino a causa de un edificio identificable pese a la cortina de agua: el hotel Monserrate. Ya sin enseña que avisara a potenciales huéspedes, degradado, cada una de sus habitaciones poblada por familias enteras.

La postal (pretendí al comprarla) homenajeara a uno de los rincones literarios de La Habana, aquel antiguo hotel donde Reinaldo Arenas se instalara, y al que pondría en dos de sus libros. (En uno de ellos, encarcelaban a todos sus moradores colocando

una reja en la entrada: el Monserrate podía ser hotel y casa de familias y prisión.)

Envíe la postal a L. H., traductora de Arenas al francés. No supe si ella alcanzó a recibirla.

2

En el escaparate de las tiendas de libros exhibían la traducción al inglés de *Antes que anochezca*. Y en varios cines de la ciudad, el filme de Julian Schnabel sobre el libro. Javier Bardem hacía el papel de Reinaldo Arenas, citaba a éste gestualmente a partir de una entrevista que el escritor cubano diera en su exilio de New York.

Oí decir a algunos de sus viejos conocidos, que lo recreaba con exactitud. Que, en varios momentos de la película, creyeron tener delante a Reinaldo.

Allí estaba: Javier Bardem en las cubiertas de la edición estadounidense de las memorias de Reinaldo Arenas. Tan metido en el personaje, que un fotograma de la película de Schnabel venía a suplantar la imagen del autor del libro.

Before night falls.

Let it come down.

3

Me hice de un ejemplar de la edición española de esas memorias en mi primera salida del país. Pese a lo escaso de mis fondos, pensé en comprar un libro, meterme en librerías que estaban en las antípodas de las de La Habana y ejercer algo de libertad.

«¿Qué libro te llevarías a una isla desierta?», parecían haberme preguntado.

Y considero extraña la respuesta que di entonces.

Espero no ser juzgado por ella, pues no sé bien lo que compré al comprar aquel volumen. No conocía obra alguna de su autor, y poco había oído hablar de él. (Dentro de Cuba se mencionaban

otros nombres de exiliados: Cabrera Infante, Baquero, Sarduy... O de fallecidos en el país y censurados hasta el momento de sus muertes: Lezama Lima, Piñera.)

¿Trampeo mis recuerdos si escribo que estuve a punto de llevarme un tomito de Paul Morand sobre Venecia? Si quería irme lejos, el país que aparecía en *Antes que anochezca* me resultaba menos conocido que Venecia, donde nunca había estado. Cualquier calle de agua podía serme más familiar que La Habana de aquellas memorias.

Me fui, pues, a lo más lejano posible.

Preferí La Habana.

4

Ahora que pienso en cómo las leí de corrido en una madrugada, valdría la pena responderme qué obtuve de ellas. Debió ser, de inmediato, el asombro de que algunos conocidos míos diesen con sus huesos en las páginas de un libro.

De aquel libro.

El asombro de que esos conocidos suyos no me hubiesen hablado de Reinaldo Arenas: tan prohibido estaba.

He olvidado muchos de sus episodios, pero recuerdo que el protagonista era sexualmente voraz y, al caer en prisión, se condenaba a abstinencia. Se negaba cualquier posibilidad, allí donde más socorrido era el amor entre hombres. Y todo bajo el principio de que, en la cárcel, la mariconería no era práctica libertaria.

5

En un reciente documental de Manuel Zayas, *Seres extravagantes* (Malas Compañías, 2004), varios escritores hablan de la odisea que debió atravesar Reinaldo Arenas a causa de su segunda novela. Imposible publicarla dentro de Cuba y, no ateniéndose a las prohibiciones que el resto del gremio respetaba mansamente, él consiguió sacar el manuscrito del país.

Encerrado en la cárcel, llevó su desacuerdo (en caso de que sea cierto el episodio) hasta desobedecer el estrechamiento sexual al que lo condenaban. Reducido al cerco de las editoriales estatales, decidió saltarse la censura política.

Tener sexo, lo mismo que escribir, era cuestión de libertad.

Y nadar, me aseguran quienes lo trataron.

6

Preguntan a Delfín Prats por la suerte de su primer libro, y demora en responder. Recurre a un modo delicado de decirlo. O quizás más rotundo: aquel libro fue condenado al olvido. Llegó a imprimirse y, apenas impreso, saltaron las alarmas en la oficina de censura. Así que la tirada completa fue convertida en pulpa.

Tres décadas más tarde, los poemas de *Lenguaje de mudos* aparecieron publicados por una editorial estatal. Junto a textos suyos de otras épocas. Bajo título distinto. El contenido homosexual de los poemas (principal acusación de la censura) pasaba ya tranquilamente entre lectores cubanos. Y lo mismo habría podido ocurrirle a las páginas objetadas en aquella segunda novela de Arenas.

Ya no era escandaloso describir el acoplamiento entre seres de igual sexo. (En las revistas de la asociación gubernamental de escritores era, incluso, una moda.) Y autores residentes en la isla gozaban de completa soltura para publicar sus trabajos en el extranjero.

Si Arenas había sufrido persecución a causa de su homosexualidad y de sus editores, a nadie más volvería a ocurrirle.

La liberalidad de la administración cubana llegaba hasta el punto de ofrecerse a publicar parte de la obra de Reinaldo Arenas. ¿Por qué no reeditar, por ejemplo, la novela con la que éste se diera a conocer, su único libro publicado en Cuba, premiado en el más importante concurso literario del país?

Lo mismo que en el caso de Lydia Cabrera o Gastón Baquero o Severo Sarduy o Enrique Labrador Ruiz, el haberse marchado al exilio ya no era impedimento para hacer llegar su obra a los lectores de la isla. (Claro que cuidadosamente elegido lo

que fuera a publicársele. Algo suyo que no aludiera a la falta de libertad.)

7

La puerta de la casa de Delfín Prats permanece abierta y, sentado en el piso de la entrada, él habla a la cámara. La Reina de las Arañas (así lo apodó Arenas) habita en una choza, y es pobre y sobreviviente. Ha conseguido publicar por fin aquellos poemas suyos que fueran censurados. (La censura cubana –al menos los censores que llegué a conocer– suele describir sus intervenciones como trabajos de postergación. No es que prohíba obra alguna, es que pospone. Deja pendiente su publicación para tiempos menos problemáticos).

Habrá tenido que pensárselo muy bien Delfín Prats antes de ofrecer testimonio sobre Reinaldo Arenas. Y, como un recordatorio del peligro, interrumpe su entrevista la policía local.

Ocupa la puerta un hombre uniformado del cual sólo alcanzan a verse las piernas. Pregunta al equipo de documentalistas qué ha venido a filmar allí, de qué se habla dentro de aquella casa.

El policía lleva un pie vendado, y Delfín Prats se interesa por su salud. Pregunta por la venda del pie con tal de que el interrogatorio no fluya de mal modo. (El débil procura la debilidad en el fuerte. Quien debe responder, cuestiona.)

Libre como es de acostarse con quien quiera, libre también de elegir quien edite sus textos por el mundo, el poeta está obligado a vigilar lo que habla.

Y esos jóvenes cineastas han de tener cuidado con las imágenes que hacen.

La figura del homosexual ha sido recurrente en la literatura cubana de las últimas décadas. Puesto que aludir a diferencias políticas resulta arriesgado, se acude a la diferencia sexual. Aunque sin tocar el machismo de Estado (El personaje homosexual de *El lobo, el bosque y el hombre nuevo*, relato de Senel Paz que diera pie al filme *Fresa y chocolate*, no ceja en sus esperanzas de que las autoridades aparten de sus puestos a quienes malinterpretan las

directivas. Contempla funcionarios en lugar de un sistema, árboles con tal de no ver el bosque.)

En los libros editados dentro de la isla no existe noticia de los campos de concentración donde confinaron a homosexuales junto a religiosos, hippies y gente sin empleo. No se habla de las llamadas Unidades Militares de Ayuda a la Producción de los años sesenta.

Podrá aducirse: es el pasado, dejémoslo que repose. Pero tampoco se mencionan las recogidas contra homosexuales de la actualidad. (A las redadas y cárceles y campos de concentración y manicomios que diversas sociedades han destinado a éstos, la revolución cubana aportó un tratamiento suyo: la expulsión del país.)

En la Cuba de hoy pueden practicarse dos de la libertades que acarrearón dificultades a Reinaldo Arenas: escribir la homosexualidad y editar esa escritura dondequiera. Pero un tercer derecho que se tomara el autor de *Celestino antes del alba* resulta insostenible: disentir políticamente.

9

En una de las imágenes de archivo que *Seres extravagantes* cita, Fidel Castro aparece de uniforme militar y tocado con un gran sombrero de yarey. Está en medio de una de sus alocuciones de los años sesenta en la Plaza de la Revolución. Son imágenes escasamente vistas, pertenecientes a uno de sus discursos silenciados. Pues la censura política no sólo es ejercida sobre autores problemáticos, sino que vigila también a las autoridades.

También Fidel Castro puede ser problemático. Ciertos pronunciamientos suyos ponen en entredicho la integridad del pensamiento revolucionario. Y, tan variable ha sido éste, que es preciso cuidarlo de sí mismo: han de ser celosamente vigiladas hemerotecas y bóvedas fílmicas. (En las bibliotecas públicas cubanas sólo se admite la consulta de diarios muy recientes o muy antiguos, de hace un año o de hace un siglo. Todo para que el verbo del Estado no sea citado en contra del Estado.)

Ese sombrero de yarey presta un aire carnavalesco a la figura del líder revolucionario. No es exactamente un sombrero de labor, sino aquel que vistiera Liborio, personificación del pueblo, en las caricaturas de Torrente de *La Política Cómica*. Y es dentro de ese aire carnavalesco, alegórico, de caricatura, que Fidel Castro menciona a los homosexuales habaneros, enumera sus lugares de reunión, denuncia el proselitismo que los caracteriza. Forja con ellos otra conspiración que amenaza al país, presta una forma más a la proteica contrarrevolución interna.

«Seres extravagantes», los acuña.

10

Qué justo me parece que un documental sobre Reinaldo Arenas permita ver a un mandatario ridículo. (Éste sostiene tesis biologicistas en otras imágenes: acusa a quienes no tienen genes revolucionarios.) Las autoridades cubanas nunca habrán de perdonarle a Reinaldo Arenas su insolencia al convertir a Fidel Castro en personaje literario, en haber hecho mofa de su régimen. Ahí reside lo intragable de su literatura para las editoriales de la isla.

En las páginas últimas de Arenas, es el dictador Fifo.

Cuenta entre sus aliados con Tiburón Sangriento, a quien le lanza, desde el avión presidencial, trozos de aquellos ministros que se atreven a contradecirlo.

Fifo cumple cuarenta años de tiranía al cerrarse el milenio y ama las conmemoraciones bien redondas, por lo que ordena celebrar una gran fiesta por su medio siglo en el poder.

Capaz de provocar drásticos cambios en la geografía, comanda a la naturaleza: ordena disparatados aplanamientos de montañas, desecaciones de ciénagas, clausuras de bahías, migraciones de manadas.

Un jardín de computadoras alimenta a su régimen basado en las denuncias y el espionaje.

Y entra en ese jardín la madre del protagonista, con el fin de delatar al hijo.

«Nuevo Jardín de las Delicias», subtitula Arenas a su última novela, poblada por criaturas no menos raras que las pintadas por El Bosco, seres extravagantes.

(Queda por hacer la versión en cómic de *El color del verano*.)

11

Entender cárcel y persecución y censura y delaciones y robo de manuscritos y exilio como si fuesen pasajes de un juego (por macabro que éste sea) es la mayor libertad que se tomara. Su revancha contra las circunstancias que intentaron ahogarlo, fue meterlas en escritura. Oponer su soberbia de fabulador al poder político que buscaba silenciarlo. Contar (sin atenerse a lo veraz, en ocasiones) la novela de aventuras de su vida.

¿Por qué concluye ésta con una carta de suicida donde culpa de su muerte a Fidel Castro? ¿Por qué, cuando más parecía liberado, lo recuerda? Terminé mi primera lectura de *Antes que anochezca* sin saber cómo tomar tal gesto.

Tampoco ahora lo sé.

El documental de Manuel Zayas, que no se ocupa de su muerte, aporta datos valiosísimos en dirección contraria: emprende la búsqueda del padre a quien su hijo viera solamente una vez, descubre en los troncos de los árboles las marcas que Reinaldo niño dejara.

Liliane Hasson, amiga suya y traductora de sus libros al francés, publicará en Actes Sud un libro que tal vez incluya alguna respuesta a estas preguntas: *Un Cubain libre. Reinaldo Arenas*.

Fue a ella a quien, hace más de una década, le envié la postal donde llovía ©